

Conferencia 1

En principio era el caos

Objetivo: Mostrar a la filosofía como una entre un grupo de herramientas cuya función es encontrar algún orden en el torrente de experiencias que genera la vida. Comenzar una genealogía de estas herramientas que nos muestre la conveniencia del surgimiento y permanencia de la filosofía dentro de estas herramientas.

Introducción:

Generalmente las clases de filosofía comienzan explicando qué significa la palabra filosofía, cuándo y dónde surgió, quiénes fueron los primeros filósofos y qué buscaban. No queda claro sin embargo en este primer encuentro, ni en los que le siguen, si la filosofía es una venerable obra de museo, interesante pero sin efecto práctico alguno, o por el contrario se trata de un instrumento actual, que podría emplearse para resolver algún tipo de problema.

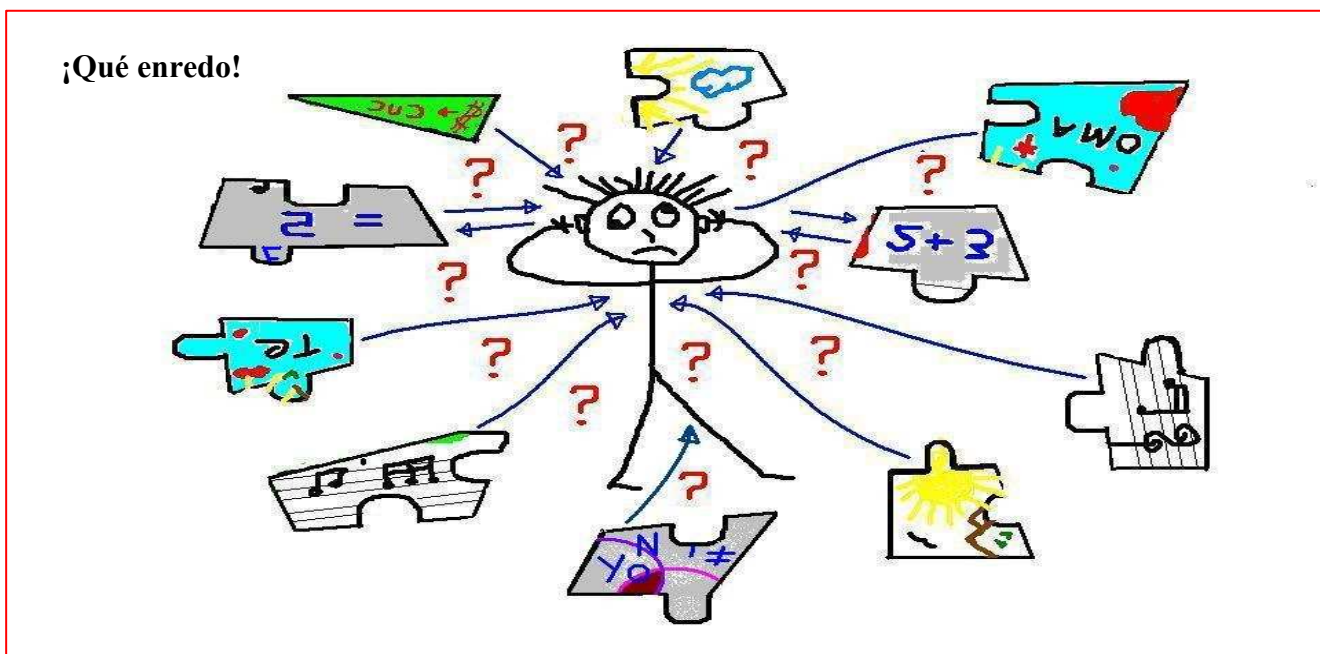
En este curso apostamos por lo segundo, es decir partiremos de la filosofía como una herramienta, y el propósito es que ustedes aprendan a manejarla para su provecho y puedan usarla en caso de que un día, posiblemente hoy, se les presente esa clase de problema que ella puede ayudar a resolver.

Como vamos a utilizar la expresión “experiencia vital”, precisémosla antes.

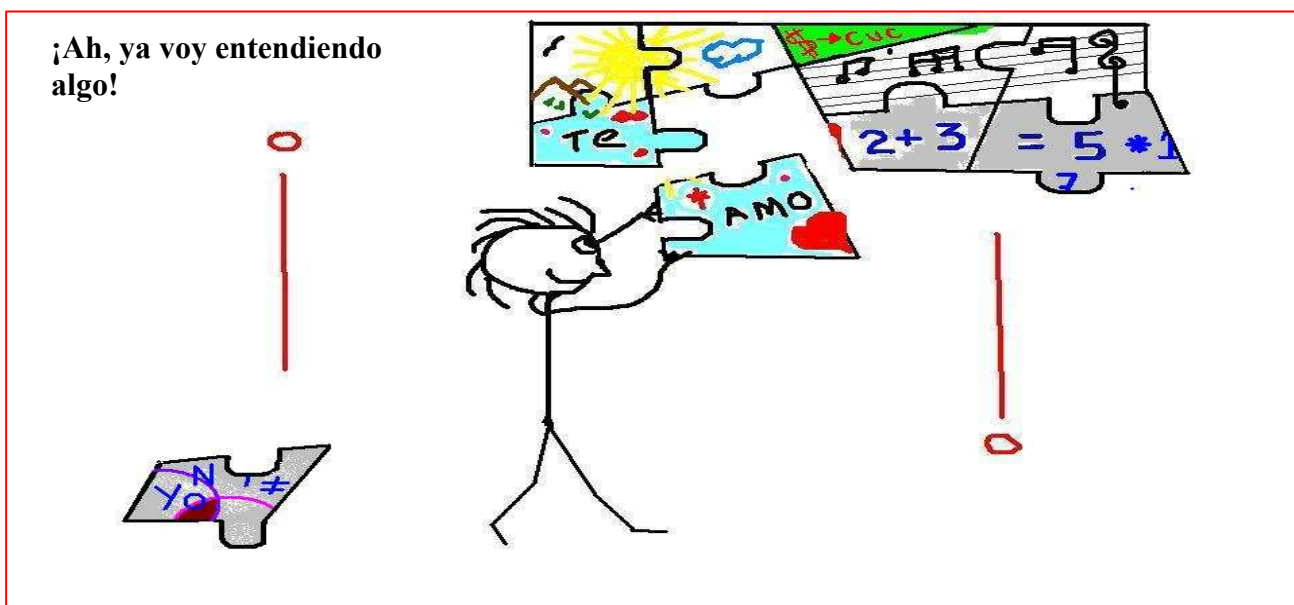
¿A qué llamamos la “experiencia vital”?

Vivimos rodeados de un entorno con el cuál estamos “rozando” constantemente. A través de ese contacto con el mundo nos llega, por las más diversas vías, infinidad de estímulos de todo tipo: sensoriales como un olor sentido o una imagen vista; emocionales, como la alegría, el dolor y el odio o intelectuales como el alumbramiento en nosotros mismos de una buena idea, o el contacto con hipótesis que nos desarman. Esta corriente imparable, a la cuál llamamos “experiencia vital” es casi siempre inconexa, desorganizada y sin

sentido, y en la mayoría de los casos la desechamos por no saber que hacer con ella, o simplemente las almacenamos en la memoria apiñadas unas encima de las otras, corroyéndose con el tiempo.

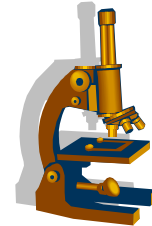
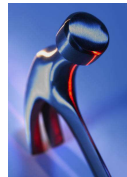
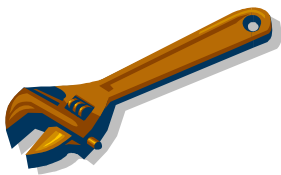


Para poder sobrevivir, ser eficientes en el trabajo, ser felices, durar muchos años, encontrar pareja y tener descendencia etc., tenemos que organizar dicha experiencia vital. Para ello debemos intentar reacomodar los fragmentos dispersos, de forma tal que lo que resulte tenga algún sentido, sea inteligible y no contradictorio, en la medida de lo posible.



Digamos que para llevar a cabo esta tarea organizativa sobre la experiencia vital precisamos un grupo de herramientas, y le llamamos con este nombre a las habilidades, procesos, procedimientos etc., que nos permitirán desfragmentar la experiencia vital.

Estas herramientas han evolucionado desde las más simples y ancestrales hasta más modernas en nuestros días. La filosofía es, aquí viene la primera definición así que mucha atención: una de estas herramientas mencionadas; el sentido común y la ciencia son otras.



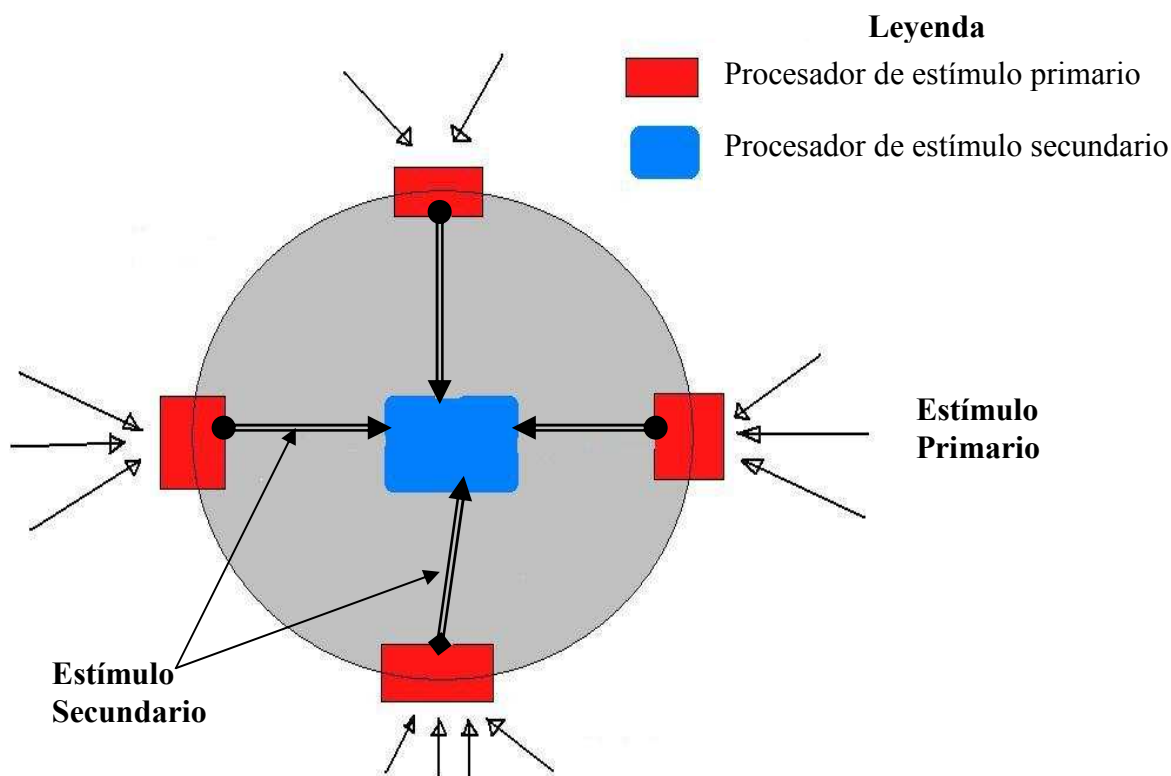
Estas herramientas forman una ecología muy dinámica, parecida a la de las especies en una selva, o a la de las naciones en el mundo moderno: Unas nacen de otras, algunas compiten entre sí, otras se complementan; los límites de todas son imprecisos y se están moviendo, adaptándose a las nuevas circunstancias, discutiendo terreno. Algunas han resistido el paso de los siglos, otras están en extinción y otro grupo apareció recientemente.

Para poder seleccionar la herramienta oportuna en medio de esta jungla debemos conocer sus “datos técnicos”, o sea saber dónde es óptima cada una de ellas. Equivocarse empleándolas en el momento inoportuno puede traernos más confusión de la que ya tenemos.

Para seguir la metáfora diremos que los “datos técnicos” de estas herramientas se pueden clasificar en cuanto a:

- Espectro de datos que son capaces de ordenar: el espectro puede ser amplio como en el caso del sentido común si intenta abarcar el universo completo de nuestras experiencias o gran parte de él, o estrecho como el de las ciencias particulares, las cuáles se ocupan solo de una pequeña región de este universo.
- Tipos de datos con los que trabaja: pueden ser **primarios**, y esto quiere decir que procesan información que no ha pasado aún por el molino de ninguna otra herramienta ordenadora, podemos decir que son especialistas en el dato virgen o

crudo, como es el caso de los sentidos corporales; y **secundarios**, que se ocupan de la información engendrada por los sentidos (procesadores primarios).



- La precisión: Está en proporción inversa al espectro, si este es amplio, como en el caso del sentido común, la precisión será pobre y viceversa. También depende del tipo de información que esté trabajando, por ejemplo las ciencias que trabajan con objetos estables y en equilibrio, tenderán a ser exactas, sin embargo las ciencias sociales, intentando ordenar una información extremadamente dinámica, se clasifican popularmente como no comprendidas en el grupo de las ciencias exactas. Actualmente la naturaleza está dejando de considerarse como un sistema estable, por esa razón empieza a perder sentido la habitual asociación entre los términos “Ciencias Naturales” y “Ciencias Exactas”.
- El nivel de conciencia con que se aplican: Muchas de nuestras certezas son inconscientes: desconocemos cómo hemos llegado a ellas y cómo cada día se actualizan como certezas. Por ejemplo casi todos los hombres y los animales caminamos con seguridad, sin miedo, como si el piso nunca se fuera a hundir bajo

nuestros pies. Nos hemos acostumbrado a esta idea, pero nunca fuimos conscientes de ello, nunca nos planteamos: voy a caminar con confianza por que existen pocas posibilidades de que el suelo se hunda. En el otro extremo la filosofía intenta ser auto-consciente de cada uno de sus convicciones, ella tiene los ojos puestos más que nadie en el mecanismo mediante el cual se afianza una certeza. Tendemos a considerar las ciencias entre las herramientas que ordenan información de manera consciente, sin embargo en muchas ocasiones ellas se practican con una dosis elevadísima de inconciencia ganándose así el halón de oreja de la filosofía.

- Origen: Las herramientas pueden ser innatas, así se llama a las que nos tocan por herencia y son de origen biológico; o adquiridas: aquellas aprendidas durante la vida. En ocasiones asociamos el calificativo de “conciente” o “inconciente” con el de “innatas” y “adquiridas”, pero esta identificación no es precisa pues las herramientas innatas sí actúan de manera inconsciente, pero las adquiridas podemos aprenderlas o aplicarlas, lo mismo consciente que inconscientemente.

Esta clasificación no es completa ni definitiva, la emplearemos solo para una orientación inicial.

Seguramente quien lee esto no tiene mucho tiempo, y quisiera saber ya y sin más rodeo cuáles son los “datos técnicos” específicos de la filosofía, conocer qué resuelve en concreto, y en qué condiciones se hace conveniente usarla, para utilizarla de inmediato, desecharla o guardarla en lugar adecuado, si no ocupa mucho espacio. Es lo que haríamos si alguien nos regalara una un alicate, un matillo o un microscopio electrónico.

Para ellos tenemos una respuesta: arriésguese con la filosofía cuando el problema que usted enfrenta sea profunda y radicalmente humano. Un problema simple, por ejemplo saber dónde dejé anoche las llaves, no requiere mucha filosofía. De igual manera un problema que pueda resolverse procedimentalmente, o sea con un grupo de pasos y acciones concretas, aunque el procedimiento sea en extremo complicado y repleto de disyuntivas difíciles, y aunque trate de un asunto humano, como puede ser por ejemplo una cirugía a corazón abierto, tampoco requiere de filosofía.

Lo que no quiere decir que los actos simples de nuestra vida, así como los procedimientos que empleamos para resolver casos concretos, no tengan implicación filosófica. Ellos caen a manudo bajo la lupa de la filosofía.

Es muy natural que poco se comprenda acerca de la filosofía con la anterior definición puesto que por una parte habla de lo que no es la filosofía, y por otro emplea términos, como “humano”, cuyo significado en filosofía es distinto al que tiene en el lenguaje común. Es imposible enseñar filosofía partiendo de su propio lenguaje pues este es producto de muchos años de elaboración y puede resultar impenetrable para los neófitos. Por ello preferimos empezar desde bien abajo, desde los pasos más simples que nuestros antepasados dieron intentando ordenar el caos de información percibida, y a partir de ahí ir avanzando por el camino de paulatina complejización que llevó hasta la filosofía, como luego a la ciencia.

Escogimos partir desde la sensibilidad porque, aunque tal vez esta sea ya una herramienta bastante compleja, es suficientemente sencilla como para ser comprendida por alumnos de la universidad. Desde ella partiremos en este recorrido en busca de la filosofía.



La sensibilidad

Llamemos aquí sensibilidad a la habilidad que han desarrollado los organismos vivos para percibir, seleccionar, amplificar y procesar los impulsos provenientes de su medio exterior a través de receptores celulares nombrados sentidos, mucho más sutiles en esta tarea que el resto de las partes de un organismo.

Se dice en el lenguaje popular que tenemos 5 sentidos que son como puertas por donde nos entra la información proveniente del mundo exterior. Aunque esta manera de enfocar el tema sea imprecisa nos da un punto de partida para comenzar el análisis.

También existen sentidos internos, para la información proveniente del medio interior del organismo.

Decíamos que los sentidos son como una puerta, pero si así fuera entonces dejaría pasar el estímulo tal cual, su única posibilidad sería en todo caso, permitir o denegar el acceso a este u otro estímulo. De esa manera la luz o el sonido viajarían por todo el cuerpo, pero

sabemos bien que no es así: hacia dentro del cuerpo no entra generalmente el estímulo mismo, sino una señal eléctrica.

Podríamos pensar entonces que los sentidos son una especie de convertidores capaces de transformar el impulso externo en uno eléctrico que viajaría por el sistema nervioso hasta el cerebro donde va a ser procesada posteriormente, sin embargo esta idea todavía es muy simplificada acerca del papel que juegan los sentidos. La biología nos enseña que existen organismos que no tienen cerebro ni órgano procesador alguno semejante a este. ¿De que serviría entonces un convertidor que generara una información que no será posteriormente procesada? Es evidente que estos organismos sí procesan los estímulos provenientes del medio, gracias a ello es que logran ser biológicamente eficaces, pero ¿cómo estarán haciendo esto sin la presencia de un sistema nervioso central?

Este vacío junto al conocimiento que se tiene hoy en día acerca de los receptores sensoriales presentes en organismos biológicos nos conduce a pensar que el primer procesador de la información son los propios receptores sensoriales, estos no serán entonces ni simples puertas ni solo convertidores de un estímulo de un tipo de energía a otro sino, sino el primer paso en el proceso de tornar una información dispersa y incoherente, contradictoria en una información biológicamente útil.

¿Cómo actúan los sentidos? La fatal incertidumbre

Para poder interactuar con el estímulo el organismo tiene que oponerle una resistencia, sino este pasaría intacto y tan siquiera lo notaríamos. Lo percibimos por que nos resistimos a su paso, se crea entonces entre el receptor (el sentido) y el estímulo una interacción, una cadena de acción – reacción que desencadena una honda eléctrica. Esta viaja luego al interior del organismo. **La información que destila este encuentro es indiferenciada: no proviene de ninguno de los dos que se enfrentan de manera particular, sino de lo que ellos generan de conjunto en ese choque.**

Vamos a ver algunos ejemplos muy pero muy sencillos relacionados con nuestro entorno, supongamos que en la calle tropezamos con alguien, físicamente, un tope fortuito en el hombro, lo primero que hacemos en estos casos es mirar a la persona con que chocamos

(eso es si no estamos en un lugar muy concurrido donde el choque es común), y en esa mirada se decide todo: saldrá de ella un amable - “disculpa”, o una terrible bronca con arma blanca. Es imposible concluir de este encuentro, o de muchos como este, si la otra persona con que chocamos es amorosa y gentil o en cambio agresiva y violenta, todo depende de la interacción de las miradas, de lo que ambas partes se dijeron en un instante con ella. La información que podemos extraer es que aquello terminó violenta o gentilmente, no que el otro es violento o gentil, pues yo no he podido ponerme como un juez neutral sino que he tenido que chocar para saber, y el más noble o indiferente de mis gestos puede significar ofensivo para el otro. Ya bien dice el dicho que no se puede ser al mismo tiempo juez y parte. Pues bien si soy juez no puedo interactuar ni obtener ninguna información, si en cambio soy parte obtengo una buena información pero no del otro sino de la propia interacción.

Exactamente pasa con los sentidos: no pueden ser neutrales, sino partes en un conflicto, es el precio pagado por saber algo acerca del entorno, es un precio extremadamente caro, pero no hay otra alternativa.

Pongamos otro ejemplo salido del mundo de la música y que se acerca más a lo que sucede en nuestros sentidos. La vibración producida por un instrumento musical cualquiera (vibración que determina según su amplitud la nota que saldrá del instrumento) es producto al mismo tiempo del propio instrumento como de quien lo ejecuta. Ni una guitarra sola ni un guitarrista independiente pueden producir nada parecido a una nota musical, pongamos que la guitarra es como nuestro sentido, y el guitarrista como el impulso que sobre él actúa.

La vibración generada por el instrumento cuando lo tocamos, o sea una nota musical específica, en nada se asemeja al guitarrista, ni a la manera en que ha dispuesto sus dedos, como en nada se parece a la guitarra ni a la disposición y tensión de sus cuerdas. De esta manera escuchando una nota no podemos decir, con solo ese dato, cómo ha dispuesto la mano el músico. Por ejemplo si la guitarra se sale del patrón de afinación estándar, la misma disposición de los dedos resultaría en una nota diferente, y la nota deseada habría que obtenerla con una distribución de la mano distinta a la habitual.

Finalmente pongamos un ejemplo proveniente del enfrentamiento sentido-impulso: en el caso de la audición una vibración del aire llega a los sensores ubicados en el interior del oído, y promueve en ellos una afectación que engendrará un impulso nervioso que en nada se parece a la vibración mecánica que lo generó, ni a la disposición de los nervios auditivos. Una afectación de estos nervios por enfermedad o simplemente otra disposición de los mismos hubiera generado un impulso eléctrico completamente diferente, que para la persona puede resultar en una nota completamente diferente.

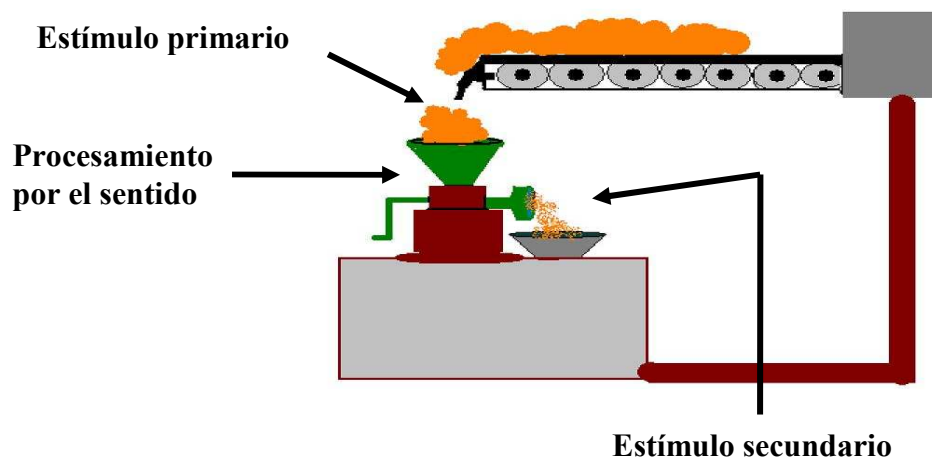
Existe aquí como en el caso anterior una incertidumbre insuperable: sabiendo lo que destila el encuentro (entre los caminantes que chocan, entre el instrumento y el músico, o entre el sentido y el impulso externo), no podemos (por ahora y con solo esta información) utilizar ese conocimiento para reconocer las cualidades de aquellos que lo protagonizaron.

Acción-reacción

Todo lo anterior nos obliga reevaluar los términos que hemos ido empleando hasta el momento para referir lo que sucede en el encuentro entre los sentidos y el impulso, los cuales han sido: “procesar” y “ordenar”. En español y otros idiomas construimos las oraciones con una sintaxis que resumiremos así: un sujeto realiza una acción sobre un objeto.

Empleemos un ejemplo para comprender mejor esto del sujeto y el objeto. Imaginemos una cocina sin cocinero donde los cacharros cocinan solos a los alimentos. En esta cocina hay una masa blanda de harina digamos y un grupo de instrumentos para cocinarla, desde maquinas de moler hasta rodillos aplanadores, machacadores etc. Aquí los actores, los sujetos ejecutores de la acción, los procesadores, serían estas herramientas de cocina. Ellas tendrían que ser de materia dura para poder dar una forma adecuada y deseada a los alimentos, que aquí llamaremos objetos por ser quienes reciben la acción ejecutada por el sujeto.

Cuando decimos que la información se procesa asumimos que el estímulo primario es pasivo frente a la actividad del sentido que lo “moldea” para tener el impulso secundario.



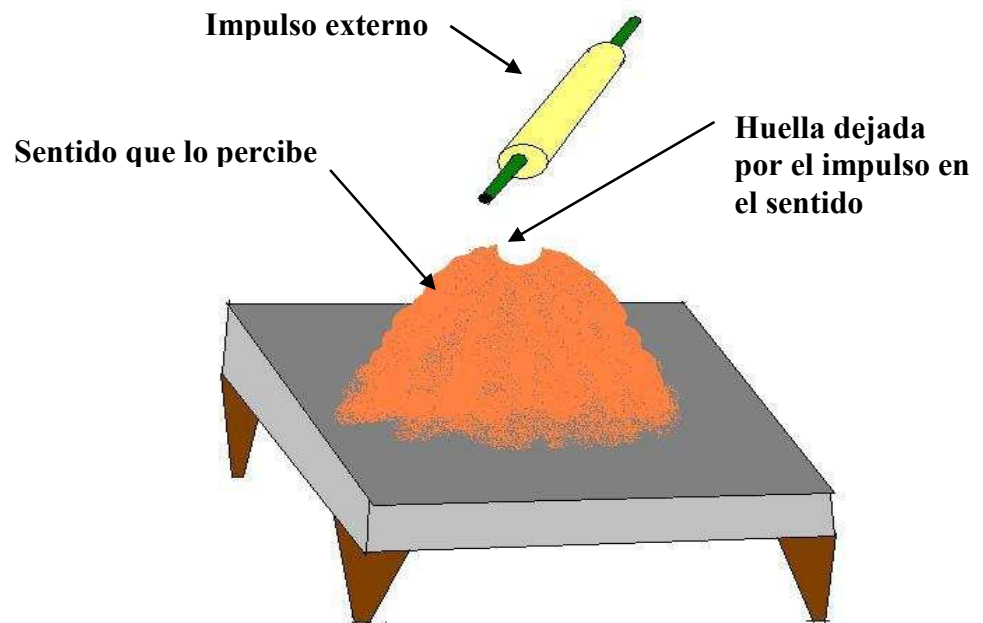
En la idea de los sentidos como procesadores de información, ellos serían los instrumentos, los duros, los actores, los que determinan la forma en que saldrá el pan, si como flauta o pan redondo. El impulso sería el objeto blando que cede a la acción de los instrumentos procesadores.

(Blando aquí no es una cualidad física sino la capacidad de ser moldeable por factores externos)

Otra manera de enfocar la interacción sentido-impulso externo, es refiriéndose a esta como un acto reflejo, en este caso es el impulso el que realiza la acción sobre el sentido, dejando una huella en este.

Para seguir con el ejemplo de la cocina, en este caso el sentido sería como la masa del pan: blanda, sobre ella un grupo de instrumentos duros y no transformables aplicara un esfuerzo que dejará una huella. Los instrumentos actores serían aquí los impulsos externos.

Cuando decimos que la información se refleja, asumimos un impulso que realiza la actividad, y un sentido que pasivamente acepta el “golpe” quedándose con la huella de este rudo tratamiento



Reflejar y Procesar describen el mismo proceso pero desde posiciones opuestas, para uno el activo es el sentido y para otro es el impulso, pero la propuesta que aquí hacemos es que ambos son activos y pasivos (blandos y duros) al mismo tiempo. Para solucionar este problema terminológico se ha recurrido a expresiones que reflejan el mutuo y simultáneo condicionamiento entre impulso y sentido, se dice que ellos “interactúan”. En la filosofía marxista de procedencia soviética se hizo habitual la expresión “reflejo activo”, en este término se resumía la idea de que en la huella dejada, el propio sentido tenía una importante influencia. De cualquier manera el término empleado es lo menos importante siempre que se comprenda que se trata de una mutua interacción, y que esto implica una incertidumbre que va a estar dando que hacer durante toda la historia de la filosofía.

Si fuéramos ahora a escoger un verbo para referir el acto en que surge un impulso ordenado de esta interacción, diría que el nuevo estímulo **nace**, o se **engendra**, y estos verbos tienen la ventaja de recordarnos el proceso de creación de un niño, donde (los

padres: el estímulo y el sentido) en su interacción producen un tercero donde es imposible distinguir, como en los niños, que parte pertenece a qué padre. El peor verbo a escoger aquí sería **clonar** por que implica la presencia de un solo padre, y de un hijo idéntico a este. El sentido común confunde a menudo la señal que sale del sentido con un clon del impulso exterior, incubado en la probeta inerte del sentido.

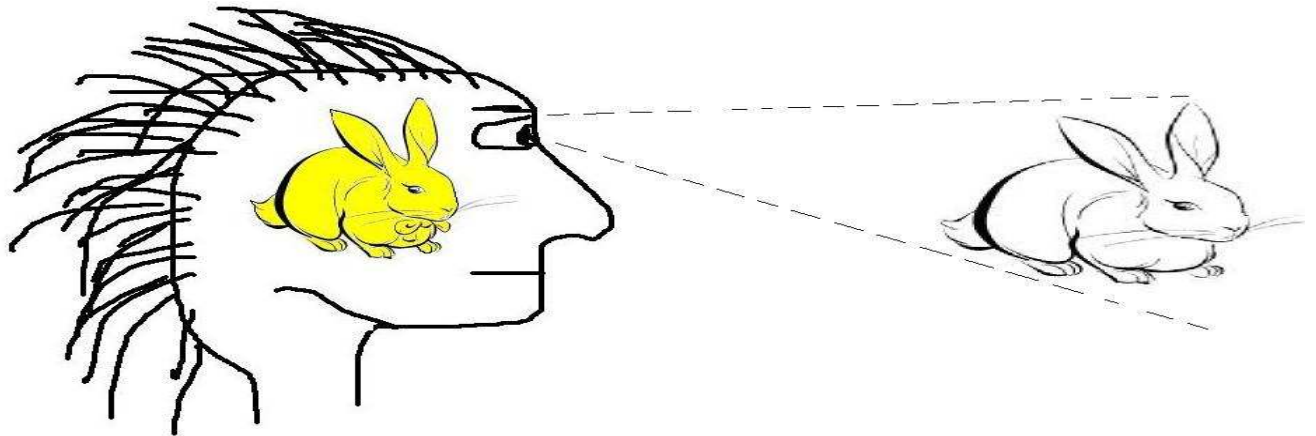
Todo lo que se ha dicho de los sentidos se ajusta también para los instrumentos que empleamos para capturar información acerca del medio: nuestros termómetros, barómetros, espectrómetros, microscopios etc. Esta idea será importante luego, cuando las ciencias estén en la mirilla.

De lo percibido a la realidad

Comúnmente sentimos frío y asumimos que hace frío, sentimos la comida salada y asumimos que a alguien se le fue la mano con la sal. Apreciamos un color en un objeto y creemos que realmente tiene ese color. Ahora ya sabemos que se trata de un error, el error de considerar al hijo (el impulso interno que se genera en los sentidos), como idéntico o similar al padre, (el impulso externo) sin considerar el aporte de la madre (el propio sentido). A esta actitud se le denomina realismo ingenuo, pues se cree con ingenuidad que lo que aparece a nuestros sentidos es la propia realidad. Este error es comprendido por los hombres en cierto estadio de su evolución cognitiva, pero no puede ser percibido por los organismos que cuentan solamente con su sentido. Pasa aquí lo mismo que si construyésemos un objeto con la ayuda de un instrumento de medición, si el instrumento está dañado y cometemos un error, este sería inverificable con el propio instrumento. De la misma manera los sentidos no pueden ser sus propios jueces y habría que esperar a la llegada de otros instrumentos más poderosos que los evalúen a ellos. Tardaría muchos años para que los hombres declararan bajo sospecha a los sentidos y consideraran que tras ellos existe una realidad diferente a la que se nos presenta.

Fueron los antiguos griegos los que dieron este paso y lo expresaron en aforismos y máximas como esta atribuida a Heráclito de Efeso

Malos testigos los ojos y los oídos para los hombres.



En esta figura se resume lo que hemos planteado en el último párrafo

Pregunta ingenua: ¿De qué color **es** el conejo?

Respuesta ingenua: Amarillo

Pregunta correcta: ¿De qué color lo **percibo** y qué objeto en interacción con mi sentido me estará haciendo percibirlo así?

¿Será importante esto para la ciencia?

Si el aporte del observador fuese nulo, o despreciable, la discusión científica girara alrededor del objeto, pero si se asumiese lo que venimos planteando, entonces la discusión científica mutaría su atención, como ha venido sucediendo en los últimos siglos, desde el objeto hacia el acto de observación donde observador y observado interactúan. Digamos que si antes los científicos tendían a preguntarse ¿Qué objeto es

este que estoy percibiendo?, ahora en su lugar se antepone la pregunta ¿Qué objeto puede estar engendrando, en interacción con mi sentido o mi instrumento, esta percepción que distingo?

Las implicaciones políticas del reconocimiento o no del aporte del observador serán revolucionarias, ellas llevaron a los griegos a construir el primer estado democrático de la historia, pero sobre eso hablaremos en otra clase.

¿Es posible llegar hasta los estímulos primarios?

La actitud de considerar posible un salto cognitivo desde el estímulo secundario al primario (de conocer la realidad misma a partir de lo que percibimos de ella) se le denomina: gnosticismo, los gnósticos a menudo recurren al éxito en la práctica para demostrar que efectivamente la realidad tal y como es, sí puede ser conocida en alguna medida. El agnosticismo en cambio considera que el dato primario, es decir la realidad tal y cómo es ella antes de ser percibida, no puede nunca y de manera absoluta, ser percibida, puesto que al saber lo que es la realidad en sí, ya la conocimos y por tanto no es ya la realidad en sí.

La idea de que tras un color hay una honda electromagnética de determinada frecuencia, es un producto de una ardua tarea organizativa, de una teoría bien elaborada, por tanto una honda electromagnética dista mucho de ser el dato primario que impacta los sentidos y genera el color.

Es importante resaltar que en el caso de la sensibilidad se trata de un acto no consciente y determinado en gran medida por la disposición biológica del sentido, y esta a su vez determinada por la genética; esto nos servirá para comparar luego con otros procesos en que se “organiza” la información de manera consciente, donde la determinación genética cede lugar a una plasticidad que multiplica las opciones de aquellos que lo ejecutan.

Terminemos con lo sentidos por ahora. Dejemos en claro lo que hemos aprendido en la breve exploración a través de ellos.

- La experiencia vital es la información que recibimos desde dentro o desde fuera de nuestro organismo durante la vida, ella es inicialmente caótica y desordenada.
- Para sobrevivir, reproducirnos, ser libres, poderosos o llegar a viejo se precisa ordenar esta información, encontrar patrones estables de comportamiento en ella.
- Dentro de la gran variedad de opciones para organizar dicha información podemos encontrar un orden escalonado de evolución desde formas muy simples hasta las más complejas.
- La sensibilidad es la habilidad de percibir información a través de los sentidos, y es una de las herramientas que intervienen en el procesamiento del estímulo.
- La señal que proviene del sentido es indiferenciada. Mucho nos informa, pero mucho nos oculta.
- Los sentidos no pueden ser su propio árbitro, con solo ellos no podemos decir en cuanto nos equivocamos o acertamos.
- En el realismo ingenuo creemos que la realidad es idéntica o al menos parecida a aquello que percibimos.
- Agnósticos son aquellos que no creen posible, de manera radical, el salto desde la cualidad percibida hasta el dato primario que la generó en interacción con los sentidos.
- En la respuesta del sentido tiene un gran peso la determinación genética y estructura biológica, la historia del organismo, la consciencia o no de este, influye muy poco en la respuesta del sentido.

Preguntas sugeridas

- ¿A qué llamamos la “experiencia vital”?
- ¿En que estado se encuentra regularmente la información percibida a diario?
- ¿Por qué se hace imperioso ordenarla?
- ¿Cuándo llamamos a un dato de la experiencia primario y cuando secundario?
Mencione un dato de experiencia primario

- ¿Por qué podemos decir que los sentidos no son ni una puerta ni simples convertidores de los impulsos externos?
- ¿Son adecuados los verbos reflejar, ordenar, procesar, para señalar lo que sucede entre el estímulo y el sentido?
- ¿Por qué se dice que la información proveniente de los sentidos es indiferenciada y es engendrada?
- ¿Por qué se dice que los sentidos no pueden ser sus propios árbitros?
- ¿A qué llamamos realismo ingenuo?
- ¿Qué importancia para la ciencia y la política tiene el reconocimiento de este error?
- ¿A qué llamamos agnosticismo?
- ¿Qué determina cómo reaccionará un sentido a un estímulo específico? ¿Podemos con un acto de voluntad consciente cambiar la respuesta que un sentido da a un estímulo?